

JEAN-PAUL SARTRE

EL CONFLICTO:
¿MOMENTO DE UNA TOTALIZACIÓN
O DESGARRADURA IRREDUCTIBLE?

CAPÍTULO 1 DEL TOMO II (INACABADO)
DE LA *CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA**

TRADUCCIÓN: CARLOS HERRERA DE LA FUENTE

Los tres factores de la inteligibilidad dialéctica

La inteligibilidad dialéctica –ya sea que se trate de la razón constituyente, o bien de la razón constituida– se define a partir de la totalización. Ésta no es otra cosa que la praxis dándose a sí misma su unidad a partir de circunstancias determinadas y en función de un objetivo a alcanzar. Por medio de la praxis del organismo práctico, las contradicciones se determinan como momentos de esa misma praxis: ellas nacen del hecho de que el trabajo que se ejerce sobre el campo práctico es una temporalización irreversible. De esta manera, toda transformación realizada dentro del campo por la acción, o bien dentro de la acción a partir de la unificación sintética del campo, debe aparecer como un desarrollo parcial de esa totalización en curso, la cual se podría llamar la interacción práctica del sujeto y del campo desde la perspectiva de un objetivo futuro a alcanzar, de un producto futuro a realizar. Y este desarrollo parcial encuentra su inteligibilidad dentro de su contradicción misma: en cuanto determinación local, adquiere límites y su particularidad negativa; en cuanto momento de la acción, es la acción entera en el momento de su temporalización. De hecho, su particularidad sincrónica remite (con o sin desplazamiento, lo que será necesario comprobar) a una particularización diacrónica de la praxis. Ella no es totalización totalizada sino hasta el instante ambiguo en el que se resume dentro de su producto total. Pero, en la medida en que, en ese preciso momento (*présentement*) (ese presente funcional no se define como instante, sino como operación parcial, esto es, como temporalización en curso), la praxis se encuentra toda entera, junto con su pasado y su objetivo futuro, en la tarea preparatoria que lleva a cabo, es decir, en la totalización del campo y en la «promoción» de un sector o de una zona de esta unidad totalizada, el sector «favorecido» (*avantagé*), es decir, trabajado, resaltado como medio a construir, como forma sobre un fondo sintético, es *todo* el campo, considerado como el sentido mismo de la unificación práctica del momento, y, simultáneamente, expulsa a un fondo indistinto todo aquello que, en ese momento, no está resaltado por el trabajo.

* Traducción directa del francés del libro de Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique. Tome II (inachevé). L'intelligibilité de l'Histoire* [La inteligibilidad de la Historia], París, Gallimard, 1985, sección A (¿Es inteligible la lucha?), cap. 1. Este texto forma parte de un proyecto de traducción integral –todavía en proceso– de dicha obra inacabada y póstuma, hasta ahora inédita en español.

Pero ese conjunto expulsado es *también* el campo. Así, el sector resaltado, en su forma de ser la totalización del campo, es negado por las zonas menos perceptibles o anteriormente trabajadas. Su simple acentuación lo constituye dialécticamente en la totalización del campo que lo rodea y del cual se diferencia por una suerte de retracción que lo aísla. De hecho, el conjunto ya trabajado o todavía no trabajado representa contra él la totalización diacrónica de la praxis, en cuanto ésta tiene un futuro y un pasado. Este conjunto tiende a negar la forma singularizada y a reabsorberla en sí, dado que, por lo demás, ella se retotalizará con todo cuando el objeto sea enteramente fabricado. Y cuando digo que él *tiende* a negarla no me refiero a no sé qué magia *gestalista*, sino, justo al contrario, a la simple fuerza de la eficacia de la praxis en cuanto tal. Es la totalización viva que engendra y sostiene las tensiones dentro del campo que ella organiza. Y es a través de la acción misma que el sector A, por ejemplo, se opone 1) a otros sectores determinados (B, C, D, etc.) por la mediación del campo totalizado; 2) a la totalidad en fusión de los sectores BCD, como un fondo que quiere reabsorber la forma que sostiene; 3) a la síntesis de la praxis y del campo, en cuanto se manifiesta además como una realidad particularizada que se pone para sí en cuanto tal; 4) a sí misma (puesto que se pone a la vez como el sentido actual de la totalización y como un ser particular y limitado, es decir, como una totalización singular); 5) al desarrollo mismo de la praxis que debe negarlo y romper los límites para superarlo. Pero las contradicciones son, al mismo tiempo, relaciones del movimiento totalizante y no expresan finalmente más que las relaciones *inteligibles* de la parte al todo y de las partes entre ellas, en cuanto éstas se *realizan* dentro de una temporalización singular. Ciertamente, esta inteligibilidad general se concretiza, en nuestro ejemplo, en *comprensibilidad*. Esto quiere decir que el conjunto de estas oposiciones en movimiento se descifra a partir del fin proyectado y de las circunstancias superadas. En suma, hay una contradicción en cada momento de la acción porque ella exige, a la vez, la totalización y la particularización (de un sector, de un estadio, de un detalle, etc.); y es, en cuanto estructura original de la praxis, que la contradicción es inteligible y funda la inteligibilidad de esta.

Unidad de la lucha en cuanto acontecimiento

Pero si es verdad que la totalización, la particularización y la contradicción son los tres factores de la inteligibilidad dialéctica, ¿cómo podremos concebir que la lucha entre individuos o entre grupos sea inteligible dialécticamente? Desde luego, ni el idealismo hegeliano ni el dogmatismo dialéctico «del exterior» se preocupan del problema. Tanto para el uno como para el otro, las personas y los colectivos se oponen como momentos parciales de una totalización que los produce y los supera. Pero, puesto que nosotros hemos renunciado a todo *a priori* para *situarnos* dentro de la Historia, nada nos puede dispensar de la experiencia crítica. ¿Cómo podríamos afirmar, antes de cualquier examen, que la lucha, como praxis duplicada de reciprocidad antagonista, es asimilable a una especie particular de contradicción, es decir, que es un momento determinado de una totalización? Se ve, claramente, las dificultades que surgen desde el momento en que uno intenta operar esa asimilación sin precaución crítica. Si la contradicción es la acción misma como progresión por medio de rupturas y como negación de esas rupturas dentro de la unidad de su superación, ¿cómo se puede hablar de contradicción cuando estamos en presencia de *dos* acciones, es decir, de dos totalizaciones autónomas y contradictorias? Ciertamente, hemos señalado que la reciprocidad antagonista es un vínculo de inmanencia entre los epicentros, ya que cada adversario totaliza y supera la acción totalizante del otro. Esa insolubilidad ha sido tomada en ocasiones por una unidad: así, dos luchadores que dan vueltas sobre el piso del ring aparecen a veces, de lejos, como una sola bestia de ocho miembros que se debate contra un peligro desconocido. Es que la fatiga o la distancia nos hacen perder de vista la realidad: de hecho, si uno lo observa, sólo hay un movimiento de dos cuerpos, pero ese movimiento es el resultado de *dos* proyectos (*entreprises*) que se contraponen. Corresponde a dos sistemas prácticos a la vez, pero, justo por ello, en su realidad concreta, escapa –por lo menos, parcialmente– a cada uno de ellos. Si la pluralidad de epicentros es condición real de las inteligibilidades opuestas (por cuanto hay inteligibilidad

comprensiva dentro de cada sistema y a partir de cada praxis), ¿cómo podría haber *una* inteligibilidad dialéctica del proceso en curso?

De hecho, hay dos maneras de seguir un combate de box y solamente dos: el espectador inexperienced elige un favorito y se coloca *desde su punto de vista*, es decir, lo considera como el *sujeto* del combate, no viendo en el otro más que un objeto peligroso. Esto convierte el duelo en una acción arriesgada, pero solitaria, y totaliza la lucha *con* uno solo de los combatientes. Los amateurs o los especialistas son capaces de pasar sucesivamente –y muy rápidamente– de un sistema al otro. Aprecian los golpes y las defensas, pero cuando cambian instantáneamente de sistema, no totalizan las dos totalizaciones contrarias. Ciertamente, confieren una unidad real *a la* pelea. Al salir dicen: “Ha sido un buen combate..., etc.”. Pero esa unidad se impone *desde el exterior* a un *acontecimiento*. De hecho, en la medida en que el boxeo es un deporte, un oficio (que se relaciona con otros oficios: mánager, entrenadores, auxiliares, árbitros, etc.) y un espectáculo que responde a ciertas exigencias de una cierta sociedad, dentro de la medida o del marco de una cierta economía, se puede organizar un encuentro y pronosticar que atraerá a numerosos espectadores, ese mismo encuentro, como objetivo a alcanzar (junto con todas las operaciones que se pueda imaginar, desde la firma del contrato hasta la localización de la sala y la publicidad), se convierte en *un objeto*. Y es, igualmente, como un objeto particular, como un acontecimiento que interesa o apasiona y que se desarrollará, en efecto, en un tiempo real y limitado; es, como una cierta ocasión para ver a tal o cual boxeador en acción, etc., que los espectadores irán a ver la pelea. En concreto, harán de ella *el fin* de distintas empresas en ocasiones difíciles (rentar los lugares para un campeonato, etc.) y, en ciertos casos, *el medio* para triunfar en otras (apostar por uno de los adversarios, ganar dinero dirigiendo a un grupo de boxeadores, etc.). Objeto para los individuos, los grupos, los colectivos; definido como totalidad por el lenguaje, por la prensa y los órganos de información; designado, posteriormente, por la memoria como unidad en su ser-pasado (“Ése fue el día de la pelea Carpentier-Dempsey”), el combate aparece, en sí mismo, como uno de esos símbolos matemáticos que designan un conjunto de operaciones a efectuar y que figuran en cuanto tales dentro de la serie de equivalencias algebraicas, sin que el matemático se preocupe jamás por efectuar realmente las operaciones indicadas. Es un objeto a constituir, a utilizar, a contemplar, a designar. Dicho de otra forma: figura como tal dentro de las actividades de los otros, pero nadie se preocupa por saber si esa realidad (correspondiente noemático y unificado de la praxis individual y colectiva) es, *en ella misma*, en cuanto operación interna a efectuar por dos individuos dentro de la reciprocidad del antagonismo, unidad real o dualidad irreductible. *Para mí*, la pelea es el espectáculo que completará mi velada y, necesariamente, tendrá un fin; para cada uno de ellos, es *su* pelea, su oportunidad –única, tal vez– de conquistar un título, su tentativa de vencer al otro y su riesgo personal de ser vencido. Desde un cierto punto de vista, se puede sostener que, en los hechos, no hay ningún problema: en efecto, nada impide que, según el punto de vista y las actividades con las cuales se le relacione, un conjunto práctico se presente como unidad, dualidad o multiplicidad, más o menos determinadas. Es la acción presente la que decide si la determinación objetiva de mi campo práctico es el valle, la pradera o la brizna de hierba. Sólo que no consideramos la cuestión bajo este aspecto relativamente sencillo. Lo que nos preocupa (admitiendo, por supuesto, de antemano que *la* pelea pudiera existir de distinta manera para los apostadores o para los boxeadores) es saber si, *en cuanto lucha*, como hecho objetivo de totalización recíproca y negativa, posee las condiciones de la inteligibilidad dialéctica.

Insuficiencia del estudio analítico

Que es *racional*, resulta claro. Para tomar un ejemplo del mismo orden, sólo que considerando la oposición de grupos armados, el oficial que se instruye en el arte de la guerra puede reconstruir, en todas sus operaciones, la batalla de Leipzig o Waterloo, o, mejor todavía, la Campaña de Francia. ¿Qué es lo que hace? Reconstruye el conjunto material (la situación de los ejércitos, desde sus relaciones con las bases hasta la

«moral del soldado», la configuración geográfica del campo de batalla, el conjunto totalizado de las circunstancias). Ello significa que totaliza sucesivamente el campo práctico desde dos puntos de vista opuestos. A partir de ese momento, considera cada maniobra como un esfuerzo concertado por lograr el pleno empleo de las circunstancias y los medios dados para conseguir la destrucción del adversario. Toma, entonces, cada uno para la *comprensión*. Pero, a partir de esa hipótesis histórica (en ausencia de una prueba contraria, consideramos que los estados mayores no están constituidos ni por traidores ni por cobardes o incapaces, sino por oficiales que ponen toda su conciencia profesional y todo su patriotismo al servicio de la empresa presente), retoma todas las maniobras *posibles* dentro de la situación considerada para determinar si la que se ha ejecutado es, en realidad, justo *la mejor posible*, como ella debe y pretende ser. Estos *posibles* no han tenido jamás una existencia real, pero han sido resaltados, la mayor parte del tiempo, por cien años de discusión dentro de las escuelas militares. Cada uno de ellos es el origen de otra batalla, tal vez con un final distinto. Y cada uno de ellos debe ser estudiado, a la vez, desde el punto de vista de las modificaciones que ejercía dentro del grupo considerado, así como desde el de las respuestas posibles del adversario. Por cierto, entre estas se destacarán las reacciones más probables de aquellas que lo son menos. Es necesario, entonces, pasarse al punto de vista del *otro* epicentro y considerar sus posibles *comprensivamente*. A partir de esto, podemos notar que la batalla real deviene un caso particular de un conjunto complejo de n^x posibilidades, rigurosamente ligadas las unas a las otras. Ciertamente, para el oficial, el problema no es histórico, sino práctico. Así pues, para una situación dada, él considera el conjunto de las maniobras posibles (entre las cuales figura la maniobra real), y para cada una de estas maniobras, el conjunto posible de respuestas con todas las consecuencias que estas y aquellas acarrearán para el uno y el otro de los ejércitos. Su superioridad sobre los combatientes proviene del hecho de que conoce el final de, por lo menos, un conjunto real de posibles, y de que los documentos revelados a los historiadores le dan un conocimiento mucho más preciso y mucho más verdadero que aquel que el estado mayor contrario poseía. La ignorancia, las dificultades materiales, los intereses y el juego de pasiones que experimentaban realmente los ejércitos dentro de su singularidad histórica, son factores que considera abstractamente, pero que le resultan ajenos. La necesidad temporal de bloquear inmediatamente la tentativa de uno de los enemigos de desfigurar el ala izquierda del otro no existe más para él, tampoco la de encontrar la respuesta defensiva en medio de la ignorancia y del error (es decir, a partir de incertidumbres, de apreciaciones parcialmente erróneas, etc.). Basta con una cierta esquematización (inevitable y, por lo demás, deseable en un determinado momento de la enseñanza práctica, a condición de que uno regrese, más tarde, a las contingencias verdaderas y a las ambigüedades de lo concreto) para transformar el estudio comprensivo de la batalla en teoría formal, en cálculo cuasi matemático de los posibles. La realidad del conflicto se desvanece: en última instancia nos encontramos con el cálculo de probabilidades. A propósito, se sabe que en los aviones de caza existen metralletas diseñadas para disparar en función de la posición probable del avión enemigo en cierto momento determinado, así como para corregir automáticamente la trayectoria de tiro si es deficiente. Regresamos al ejemplo de la partida de ajedrez. Sin embargo, no habría que imaginarse que permanecemos dentro de la razón dialéctica. En primer lugar, no ha sido la unidad la que ha reemplazado la dualidad del combate real, sino una multiplicidad de relaciones entre posibles; basta con introducir algunas definiciones para que el conjunto de esas relaciones pueda ser puesto en forma matemática. No hay ni ataque ni respuesta, sino un enlace de una variable con una función o de una función con una variable o de varias funciones entre ellas. Hemos evitado el escándalo del antagonismo irreductible para caer dentro de los condicionamientos en exterioridad. Dicho de otro modo, hemos reencontrado la Razón analítica.

Pero, además, incluso en este tratamiento positivista de la cuestión (por lo demás, indispensable desde el punto de vista *práctico*), la díada permanece bajo una forma abstracta: en las ciencias naturales es, por lo menos, teóricamente posible elegir la variable independiente. En el estudio analítico de una reciprocidad antagonista, la reconstitución del conjunto de determinaciones recíprocas *posibles* exige que uno se transporte a cada instante de un grupo de variables al otro. Si el conjunto (x, y, z) –el ejército n° 1– es

considerado como un grupo de variables independientes en el instante t , y si las variaciones estudiadas acarrearán las consecuencias α , β , γ en el ejército n° 2, no podemos apreciar la reacción más que considerando el grupo (x^1, y^1, z^1) en el instante t^1 —es decir, el ejército n° 2 tal como la acción del otro ejército lo ha hecho—, como el conjunto de variables independientes cuyas variaciones acarrearán consecuencias determinadas en el ejército n° 1. Naturalmente, los nuevos valores de esas variables, y acaso su relación con las diferentes funciones, ya incluyen las modificaciones α , β , γ que han sido los factores decisivos de esos cambios internos. No es menos cierto que los resultados obtenidos serán falseados si se pretende reducir ese doble sistema de relaciones a uno solo. Ciertamente, estamos muy lejos de eso que podríamos llamar la irreductible singularidad de los epicentros: simplemente, el objeto estudiado —aunque sea pura multiplicidad de exterioridad— es tal que resulta necesario considerar las consecuencias por la reacción de las variaciones sobre las variables, a partir de las variables que dichas variaciones han modificado en primera instancia y tomando esas variables modificadas como variables independientes.

Ante todo, ese esquema positivista es un instrumento de la práctica: se orienta hacia posibles luchas futuras que serán más complejas, por cuanto incluirán en sí mismas, a título de soluciones automáticas, las cuestiones planteadas en las luchas anteriores; pero ha abandonado, definitivamente, todas las características que constituyen la realidad histórica y la individualidad temporal de un conflicto determinado. Esa realidad y esa individualidad, a título de determinaciones negativas, llegan a los combatientes desde una triple rareza: rareza de tiempo, rareza de medios, rareza de saber. Éstas se fundan en una rareza más fundamental que condiciona y funda el conflicto hasta en su más profundo origen, en los intereses que se oponen, en la violencia que confronta a los combatientes (esa rareza, de naturaleza variable, concierne a las condiciones materiales de su existencia). Un combatiente real es un hombre violento y apasionado, a veces desesperado, a veces dispuesto a morir, que arriesga todo por destruir al adversario, pero que maniobra en un tiempo que le está marcado por el ritmo de los ataques del otro (y por cientos de factores de todo tipo), en disposición (por ejemplo) de hombres y armas en número limitado (lo que le impide realizar ciertas operaciones) y que lucha dentro de una ignorancia variable pero siempre profunda (ignorancia de las intenciones reales del enemigo, de la relación real de fuerzas, de la posición real de los refuerzos, tanto para el adversario como para él, etc.); precisamente eso que lo obliga a tomar riesgos, a decidir lo más probable sin conocer los elementos necesarios para poderlo calcular, a inventar maniobras que tomen en cuenta numerosas eventualidades (si el enemigo está dispuesto de tal modo, la operación tendrá lugar de tal o cual manera; si en el curso de la acción se descubre que está dispuesto de otro modo, la operación es concebida para poderse modificar instantáneamente, etc.). Y es precisamente este inventor ciego y apasionado que apuesta en la incertidumbre procurando limitar los riesgos y cuyas acciones, en su totalidad, están condicionadas por la rareza exterior e interiorizada; es precisamente este hombre al que llamamos un luchador. Positivamente, su realidad de agente le viene de la superación sintética de esas determinaciones negativas. Se decide porque se ignora; si se supiera, el fiat sería superfluo: la cosa se haría por sí misma. Desde este punto de vista, es necesario añadir que su actividad de combate, como tensión para superar la ignorancia, está ella misma definida por la separación antagónica de los dos adversarios: en la medida que el otro, ignorando (más o menos) mi acción, suscita mi ignorancia desde la suya, yo me hago praxis gracias a él por medio de la superación de esa ignorancia inducida e interiorizada. Y cada uno de nuestros actos antagónicos, si quiere resultar dialécticamente comprensible, debe poder ser comprendido en su insuficiencia, en su imperfección, en sus errores, a partir de las determinaciones negativas que conserve al superarlas. El problema histórico no es solamente el de saber si la operación x era la mejor posible dentro de las circunstancias históricas dadas, sino también el de saber por qué ésta no ha correspondido ni podía corresponder al esquema práctico y totalizante que la resume en el curso de la Escuela de guerra. En los hechos, la historicidad de una acción consiste en que ella no puede jamás asimilarse, sin más, a la mejor solución posible, puesto que la mejor solución posible no puede ser encontrada más que si uno posee todos los elementos de la situación, todo el tiempo que es necesario para unificarlos en una síntesis que los supere, toda la calma y la objetividad necesarias para

criticarse. La ciencia es un momento necesario de la acción, pero la acción es necesariamente ignorancia superada, puesto que ella se determina como un más allá del saber; o, si se prefiere, el conocimiento es iluminación práctica del saber por medio de la ignorancia que lo envuelve, dentro del movimiento que lo supera, al uno y al otro, hacia un fin futuro.

Si, entonces, la inteligibilidad dialéctica de la lucha debe poder existir, es al nivel de lo concreto, en el momento en el que los adversarios, dominados por su doble acción recíproca, saben y no saben lo que hacen. *Desde el punto de vista* de cada combatiente, la diferencia entre el saber y la ignorancia, entre su ser-sujeto y su ser-objeto, entre el proyecto y la ejecución, etc., es mucho menos sensible: la acción carga con todo, racionaliza todo. La mayor parte del tiempo, un boxeador sabe lo que hace (en cuanto que lo que hace es la realización en curso de su proyecto y no un acontecimiento que se desarrolla también dentro de la autonomía del medio objetivo), pero totaliza mal lo que su adversario hace. Se esfuerza más por hacer fracasar su táctica para reconstituir su estrategia (son el mánager y los auxiliares los que hacen esta totalización por él y los que se la comunican entre rounds); incluso, con frecuencia, cuando no se halla claramente dominado, se cree el sujeto del combate y apenas siente los golpes: se entera con estupor de que ha perdido en el conteo de los puntos. Este comportamiento es limitado, pero contiene su propia inteligibilidad: es el desarrollo objetivo y comprensible de *una* acción a partir de *un* epicentro, en cuanto que el agente es realmente *sujeto* del combate (puesto que, incluso dominado, se adapta a la táctica del otro y, de ese modo, frena siempre las tentativas de aquel, limita las caídas, evita lo peor, etc.). Pero si *el* combate debe ser inteligible dialécticamente, es decir, si debe revelarse como *unidad*, su inteligibilidad debe ser la de una praxis-proceso muy particular, ya que el proceso está definido aquí como el deterioro de una praxis por medio de la otra.

La relación trabajo-conflicto, constitutiva de la historia humana

Estas observaciones nos permiten formular los dos problemas esenciales.

En primer lugar, este: en cuanto individuos comunes (individuos o subgrupos), si la praxis común acentúa su rol, pueden fungir como las actualizaciones reales de una contradicción en desarrollo al interior de un grupo. Esto lo hemos demostrado ya y pronto tendremos la oportunidad de insistir en ello. Pero para poder asimilar un combate a una contradicción y los adversarios a los términos de la contradicción en curso, sería necesario que pudieran ser considerados como las determinaciones transitorias de un grupo más amplio y más profundo, cuyo conflicto actualizaría una de las contradicciones presentes; inversamente, sería necesario que el grupo retotalizara y superara su lucha implacable en pos de una nueva reunificación sintética de su campo práctico y de una reorganización interna de sus estructuras. Nosotros tendremos que determinar si esa condición puede ser satisfecha, si lo logra a veces o siempre, y qué relación supone (en el caso de que la condición se satisfaga) entre la pareja antagónica y la sociedad que la sostiene y la enmarca. Será necesario, además, reencontrar dentro de la singularidad de cada lucha, a partir del grupo donde ella se engendra, los tres caracteres de la inteligibilidad dialéctica, es decir, la totalización, la particularización y la contradicción.

El otro problema es el del proceso objetivo. La lucha determina acontecimientos, crea objetos y estos son sus productos. Además, por cuanto ella misma es un acontecimiento, debe ser tenida por su propio producto. No obstante, todos sus productos son ambiguos, insuficientemente desarrollados (en la dirección que sea), indeterminados por sobredeterminación, inhumanos por ser demasiado humanos. Ahora bien, esos objetos no-comprensibles (o que parecen serlo) son de hecho los factores y las condiciones de la historia ulterior; ellos hipotecan el porvenir y comunican a la lucha que se instaura a partir de ellos su opacidad de preguntas mal planteadas, de problemas mal resueltos, de liquidación mal hecha. Son objetos de todo tipo, y este no es el lugar para intentar una clasificación: estos residuos de la lucha son, de hecho, cualquier cosa, ya que las luchas se desenvuelven en todos los planos a la vez, tanto la extraña batalla de Valmy y la no menos extraña

retirada prusiana, como aquella empresa sabotada por un adversario de clase que no la pudo impedir del todo, como los Talleres Nacionales de 1848. De cara a esos objetos, la razón positivista se siente totalmente cómoda, puesto que su objetivo es reducir lo complejo a lo menos complejo y, si es posible, a sus elementos: ella estudiará sucesivamente el proyecto inicial, la respuesta, la respuesta a la respuesta, y se satisfará si puede «explicar» cada uno de los caracteres del objeto estudiado reduciéndolo a la acción de uno de los grupos o a la reacción de los grupos adversarios. Pero, en el momento presente de nuestra experiencia dialéctica encontramos esos productos de la Historia como *aporías*, puesto que se presentan, a la vez, como resultados de una empresa común y, al mismo tiempo, testimonian que dicha empresa no ha existido jamás, sino como reverso inhumano de dos acciones opuestas, de las cuales cada una tiene como objetivo destruir a la otra. En la perspectiva dialéctica, encontramos esos objetos como producciones humanas, dotadas de un porvenir (los Talleres Nacionales se definen a partir de una necesidad social del momento y como la empresa que puede satisfacer esa necesidad): así, parecen por sí mismos totalizaciones en curso. Pero, observándolos más de cerca, constatamos precisamente –incluso antes de conocer las circunstancias de su creación– que ese porvenir visible está (siempre lo ha estado) fuera de juego, reducido a una simple indicación mistificadora o desviado de manera encubierta. Sin embargo, el objeto tampoco es un engaño, es decir, una construcción humana, comprensible de parte en parte. Porque, a pesar de las desviaciones y las anulaciones parciales, algo queda del proyecto original y la empresa conserva una eficacia descompuesta que conduce a resultados imprevisibles.

Ahora bien, el problema es este: si la Historia es totalizante, hay totalización de la lucha en cuanto tal (poco importa, desde el punto de vista formal, dónde nos coloquemos, que esa lucha sea un combate singular, una guerra o un conflicto social). Y si esa totalidad es dialécticamente comprensible, es necesario poder tomar en la experiencia a los individuos o a los grupos en lucha como si colaboraran, en realidad, en una obra común. Y como la obra está permanentemente dada, a título de residuo de la lucha –aunque se trate de la devastación de un campo de batalla, en cuanto se puede considerar a los dos adversarios como habiendo quemado y destrozado en conjunto los campos y los bosques–, es necesario poderla tomar como la objetivación de un grupo de trabajo, formada ella misma por dos grupos antagonistas. Pero resulta evidente que las devastaciones comunes no han sido el resultado de una praxis concertada, y que, por ejemplo, sólo la unidad topológica puede dotar al campo de batalla del aspecto de un todo sistemáticamente arrasado. En cuanto a los Talleres Nacionales y a los objetos sociales nacidos de una lucha, se podría llegar a afirmar que sólo son realidades históricas en la medida en la que se ajustan a alguno de los proyectos que los han hecho realidad dentro del antagonismo recíproco. Tienen una suerte de existencia propiamente histórica en la medida en la que, hechos por los hombres, se les escapan (incluso si, como la Convención, son ellos mismos agrupaciones), sin recaer por ello al nivel de la materia no trabajada; en suma, en la medida en que se desvían de todas las rutas que uno quisiera asignarles para tomar una no prevista y producir resultados que no se podían suponer; en fin, en la medida en que la sobredeterminación y la indeterminación se manifiestan en ellos como la producción de esos objetos inhumanos por exceso de trabajo humano, y en que su no-significación es, en los hechos, sobre-significación por interpenetración de sentidos antagonistas. Aquí no se trata de alienación (si bien, al considerar los hechos bajo una perspectiva menos esquemática, la alienación se encuentra en la base de la lucha misma, en cuanto superada y conservada), y no son ni la materialidad inanimada, en cuanto exterioridad, ni la serialidad los que le roban a cada adversario su acción: es cada uno el que le roba la acción al otro; es, precisamente, en el seno de la reciprocidad de los grupos ya constituidos contra la serialidad y la alienación que se forja este *proceso* nuevo y vivo, que nace del hombre y se le escapa.

Estos problemas tienen una importancia capital: ha bastado formularlos, para atravesar un nuevo umbral de la experiencia crítica. En efecto, acabamos de encontrarnos con la Historia. Ciertamente, ella se nos presenta bajo la forma más abstracta. Pero, tal como lo acabamos de ver, las dificultades son de naturaleza histórica.

A partir de ellas, el problema de la inteligibilidad de la Historia podrá ser formulado más tarde. En efecto, el ejemplo de la pelea nos muestra que una infinidad de objetos sociales (y los más variados), a título de estructura interna, contienen la doble negación de ellos mismos y de cada componente por parte del otro. Hay, pues, por lo menos (esto es, antes de cualquier concepción sobre los factores y los motores históricos), una aporía determinada en todo conjunto social: las unidades aparentes y las síntesis parciales ocultan las desgarraduras de todo orden y dimensión. De lejos, la sociedad parece completamente sellada; de cerca, se le descubre repleta de hoyos. A menos que, de cierta manera, los hoyos sean la apariencia, y la totalización, la unidad. Pero, por otra parte, sabemos ya que tanto los conflictos y las luchas sociales como los combates singulares están *todos* condicionados por la rareza, negación del hombre por parte de la Tierra que se interioriza como negación del hombre por el hombre. De esta manera, comenzamos a comprender la importancia de estas primeras experiencias, que, por lo demás, son tan comunes que pasan a título de simples determinaciones del lenguaje. Al momento de estudiar la inteligibilidad de las luchas es bueno recordar que, en todo caso, las luchas no son jamás, de ninguna manera, meros accidentes de la historia humana: ellas representan la forma misma en la que los hombres viven la rareza dentro de su movimiento perpetuo por superarla. O bien, si se prefiere, la lucha es la rareza como una relación de los hombres entre ellos mismos. De este modo, señalamos un vínculo fundamental del hombre consigo mismo a través de la interiorización de la relación del hombre con el objeto no humano: la relación práctica y técnica del hombre con el universo como campo de rareza se transforma en y por medio del trabajo. Y esas transformaciones son interiorizadas, necesariamente (alienación), como transformaciones objetivas de las relaciones interhumanas, en cuanto ellas traducen la rareza. Mientras la abundancia como nueva relación del hombre con el universo no haya remplazado la rareza, los desplazamientos de la rareza (rareza de los productos que deviene rareza de los instrumentos, o bien rareza de los hombres, etc.) son interiorizados y superados como desplazamientos de las luchas humanas. Es la existencia permanente de esas luchas la que crea las clases a un cierto nivel de desarrollo técnico de la producción, lejos de ser las clases las que, por su simple aparición, creen la lucha. Como nos lo ha mostrado Lévi-Strauss, la prohibición del incesto se presenta como un conflicto desplazado por una reciprocidad mediada (aunque siempre permanece como algo posible), o bien, si así se prefiere, probablemente como la tentativa cultural más simple por corregir el azar a través de una redistribución de ciertos bienes. En ciertas sociedades sin clases, y, por lo tanto, sin historia, los conflictos (en ocasiones evitados por rigurosos sistemas de mediación-compensación) permanecen presentes como una tensión especial hacia un grupo determinado: los sociólogos americanos, por ejemplo, han mostrado claramente que, en ciertos grupos, el acaparamiento de mujeres por los más viejos, al hacer cargar a los más jóvenes todo el peso de la rareza, determina un conflicto latente entre las generaciones. Las instituciones impiden que ese conflicto se produzca como realidad, como desgarradura visible de la sociedad en generaciones antagonistas; se le comprende como un malestar de la sociedad en su conjunto, que aparece en la relación de los jóvenes con los viejos, de los jóvenes con las mujeres, de los viejos con las mujeres, de las mujeres con los viejos y de los jóvenes entre ellos mismos.

No obstante, al mismo tiempo que tomamos la doble relación *trabajo-conflicto* como constitutiva de la historia humana, debemos reconocer que nuestra historia es un caso singular dentro de todas las historias posibles, y que la historia es una relación particular y un caso particular de sistemas de relaciones posibles al interior de multiplicidades prácticas. La reciprocidad, por ejemplo –en cuanto que puede ser negativa o positiva *a priori*– es una relación válida para todos los conjuntos prácticos. Pero no es demostrable *a priori* que todo conjunto práctico deba producir una historia, ni siquiera que todas las historias posibles deban estar condicionadas por la rareza. Las consideraciones precedentes sólo presentan un interés en cuanto pretenden ser limitativas y nos sirven simplemente para marcar las fronteras de nuestros conocimientos y de nuestras afirmaciones. El problema de la inteligibilidad de las transformaciones en curso al interior de las sociedades desgarradas es fundamental *para nosotros*. Pero, para una teoría de los conjuntos prácticos que pretende ser universal, los desarrollos considerados se presentan con toda la riqueza contingente de una *singularidad*. Si

se quisiera hacer de la lucha una estructura universal *de las historias*, sería necesario probar que la única relación original de los organismos prácticos con el medio exterior que los alimenta y los sostiene es la rareza. Todo lo que podemos decir al respecto es que, hoy en día, esa demostración no es posible. Sea lo que sea, el estudio de la inteligibilidad de las reciprocidades antagonistas (y, en consecuencia, de la historia humana) permanece dentro del marco formal de la experiencia crítica: *a priori*, ese negativo posible presenta tanto interés como su contrario. En este nivel, podemos retomar inmediatamente el vínculo entre esa inteligibilidad y la del proceso histórico. En el marco de la rareza, las relaciones constitutivas son fundamentalmente antagonistas. Si se considera su desarrollo temporal, se presentan bajo la forma de ese acontecimiento que es la lucha. Ahora bien, esta –sí, desde un cierto punto de vista, debe poder ser considerada como unidad– engendra productos que se transformarán en las circunstancias materiales que deberán superar otras generaciones envueltas en otros conflictos. Mejor aún, en la medida en la que desborda a cada uno de los adversarios, se engendra a sí misma como su propio proceso. Este acontecimiento estrictamente humano, que se produce más allá de toda praxis como indeterminación y sobredeterminación de sus productos y de sí mismo a través de sobrecargas prácticas, remite, *a la vez*, como vemos, de parte en parte y desde todos los puntos de vista, a la praxis (las circunstancias materiales que lo condicionan o que él engendra no las podemos ni las debemos interpretar más que a través de la superación que las conserva y que ellas orientan), y, *a la vez*, desborda a los adversarios y deviene, por medio de ellos mismos, otro distinto del que cada uno proyecta. Ésta es, se comprende de suyo, la definición misma del proceso histórico, en cuanto es temporalización en curso de la historia humana.

Contradicción formal en la teoría marxista

La solución del problema, si es que existe (permaneciendo estrictamente en el ámbito teórico), debe tener repercusiones particulares. Es en este marco que el materialismo dialéctico deberá encontrar el principio de su inteligibilidad. En efecto, bien considerada la interpretación marxista, es necesario reconocer que se relaciona simultáneamente con términos que parecen opuestos, sin preocuparse por establecer su compatibilidad, ya que, en la lucha de clases, nos señala al motor de la Historia y, simultáneamente, nos revela el desarrollo dialéctico del proceso histórico. De esta manera, volvemos a encontrar nuestra contradicción formal en el examen concreto de la teoría marxista y, en suma, constatamos que Marx no la ha evitado. En otros términos: si la lucha de clases debe ser inteligible a la razón dialéctica del historiador, es necesario que se pueda totalizar a las clases en lucha, lo que llevaría de nuevo a descubrir la unidad sintética de una sociedad desgarrada de parte en parte. No se puede dudar que Marx fue consciente del problema. Ciertas frases que hemos citado presentan el proceso capitalista como el desarrollo de una fuerza antisocial *dentro de la sociedad*, pero, por otra parte, siempre se negó –y con razón– a dotar de una realidad verbal a dicha entidad verbal que se denomina sociedad: no veía en ella más que una forma de alienación entre otras. Así, el problema permanece abierto: siendo inmanente la contradicción dialéctica, es decir, siendo una desgarradura mantenida y producida por la unidad que ella misma desgarrar, ¿existe una unidad de las diferentes clases que sostiene y produce sus conflictos irreductibles? Ésta es la cuestión que examinaremos en los párrafos siguientes. Pero es necesario recordar que nuestro examen no se aplica más que a esos conflictos históricos que, a título de *ejemplo*, permiten elucidar el problema que acabamos de formular. En otros términos, a los marxistas les preocupa el éxito *material* de sus hipótesis; las han verificado al aplicarlas a los datos de la experiencia histórica y, según ellos, su valor proviene del número de hechos que ellas permiten reagrupar y esclarecer, así como también de las posibilidades que develan en la praxis. Pero el problema formal de la inteligibilidad les parece ocioso o, en todo caso, prematuro. Más tarde abordaremos la historicidad de la experiencia dialéctica de la Historia; era legítimo que se impusiera por su contenido y se desarrollara en la práctica. Pero es justo en el momento en el que la máquina parece bloqueada que conviene enfrentar las dificultades formales que han permanecido desatendidas hasta ahora. El marxismo es

rigurosamente verdadero si la Historia es totalización; no lo es, si la historia humana se descompone en una pluralidad de historias particulares o si, sea como fuera, en el seno de la relación de inmanencia que caracteriza al combate, la negación de cada adversario por parte del otro fuera en principio *destotalizante*. Ciertamente, no tenemos ni el proyecto ni la posibilidad concreta de mostrar aquí la plena verdad del materialismo dialéctico (lo que, por cierto, intentaremos, sin duda, en un libro consagrado a la antropología, es decir, a lo concreto en cuanto tal).¹ Nuestro objetivo consiste únicamente en establecer si, dentro de un conjunto práctico desgarrado por los antagonismos (se trate de múltiples conflictos o se reduzca todo a uno solo), las desgarraduras mismas son totalizantes y están causadas por el movimiento totalizante del conjunto. Pero si, en efecto, establecemos ese principio abstracto, la dialéctica materialista, como movimiento de la Historia y del conocimiento histórico, no se podría más que probar por los mismos hechos que esclarece o, si se prefiere, se descubriría ella misma como un hecho a través de los otros hechos.

¹ Dicho proyecto no fue realizado. Cf. en *Situaciones IX*, ed. Gallimard, la entrevista del autor sobre la antropología para los “*Cahiers de philosophie*” (1966) (N. d. E. francés).